

tudios comparativos de pasajes escritos sobre un mismo asunto por diversos autores, hace en una nota la siguiente indicación: «La peroración de Bossuet, oración fúnebre del príncipe de Condé, y la de San Gregorio Nazianceno, oración fúnebre de San Basilio (1).» En ninguna otra parte hemos visto juntos dos nombres, que nos parecen inseparables, tratando de un pasaje que tan de lleno refleja la elocuencia del orador griego y la del imitador francés.

El método de la enumeración se acomoda mejor á los discursos cuyo fin es la instrucción; y el de la moción de afectos á aquellos cuyo principal objeto es mover la voluntad. San Agustín, en el exordio de su tratado *De bono viduitatis*, asienta que es preciso instruir y exhortar á la práctica de lo que se ha aprendido; así es que dedica la primera parte á la instrucción y la concluye con una recapitulación, y en la segunda se ocupa en exhortar, terminándola con la moción de afectos.

Nada impide que en muchos casos se use á la vez de uno y otro método; y así lo hizo San Basilio en sus breves peroraciones de algunas de sus admirables homilías sobre LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

La paráfrasis de algún pasaje de la Sagrada Escritura, con especialidad de algún Salmo de David, se adapta muy bien á cualquiera de los dos indicados métodos, y produce muy buen efecto si el pasaje elegido es á propósito para la instrucción que se ha procurado en el discurso, ó si se presta al movimiento y gradación progresiva de los afectos: en las ENARRACIONES de San Agustín sobre los Salmos abundan ejemplos de estos afectuosos movimientos.

Cualquiera de los dos métodos que se adopte ha de ponerse mucha diligencia en concluir con sentencias notables, en que domine la idea y sentimiento que han sobresalido en el discurso, á fin de que se graben hondamente en el corazón del auditorio. Nada más brusco que concluir súbitamente; ni nada más contrario á la elocuencia que tener por largo rato suspenso al auditorio, que se desagrada porque parece que el orador desea concluir y no sabe cómo hacerlo.

(1) *De la superior educación intelectual*, lib. IV, cap. V., tomo I, pág. 333.—París, 1855.

LECCION XXI.

Reflexiones generales sobre el estilo.

La expresión oratoria es el cuerpo de la elocuencia y como su parte visible; parecía, por tanto, que las nociones á ella referentes debían ser muy perceptibles, y su explicación fácil y expedita: sin embargo, sucede todo lo contrario; aquí es donde se encuentra oscuridad y se tocan mayores dificultades; los preceptistas andan discordes y poco decisivos en sus opiniones, lo cual revela la vaguedad de sus ideas.

Desde el primer paso que dan en este camino se observa la perplejidad con que proceden. ¿Qué es estilo? Blair, Buffon, Thomas, Batteux y Maury (1), que ahora recordamos, difieren más ó ménos en sus explicaciones, siendo notable que de ellas satisfacen ménos las que tienen más sabor filosófico, y, al contrario, son más aceptables las que, limitándose á designar, se toman como descripción mejor que como definiciones: hé aquí el método que, guiados por su buen sentido, siguieron los Santos Padres: describieron, mas no definieron el estilo.

¿Cuáles son las dotes del buen estilo? La respuesta más comun y aceptada las reduce á la claridad y al ornato: pero es preciso confesar que esta clasificación no es lógica; el primer miembro entra necesariamente en el segundo, puesto que la claridad es indispensable para el ornato, y muchas veces ella sola es el mejor adorno.

Si al explicar lo que se entiende por ornato se pregunta qué es lenguaje figurado, algunos asquean y omiten hablar de figuras retóricas, ó lo hacen con desden: no hay figuras retóricas, dicen; todo lenguaje es expresión natural de los fenómenos del alma.

Los que admiten el lenguaje figurado no están acordes; para unos no hay más figuras que las llamadas de pensamiento; las de dicción, son tropos, pero no figuras:

(1) Blair, lib. x, tomo I, pág. 237.—Buffon, en su discurso de recepción en la Academia francesa; Marcel, tomo II, pág. 523.—Thomas, sobre la elocuencia de Bossuet.—Batteux: *Principios filosóficos de la literatura*, tratado IX, sec. IV, cap. I, pág. 2, tomo VII.—Madrid, 1803.—Maury, ensayo XXXIX, pág. 144.

es un error, dicen otros, el creer que los tropos ó palabras trasladadas no modifican el pensamiento, porque la palabra trasladada supone el pensamiento que primariamente se quiere expresar, el expresado por el tropo, y la comparacion de ambos. Ni deja de haber quien opine que la trasposicion y demás licencias gramaticales son verdaderas figuras, porque suponen más ó ménos excitado el ánimo del orador. Pero donde mayor es la oscuridad, la confusion, y más notable la inexactitud, es en la definicion y clasificacion de las figuras. Creen unos que esta materia está sometida á principios fijos, claros y de fácil aplicacion; y para ellos todas las figuras son ya conocidas, todas pueden ser exactamente definidas y bien deslindadas: piensan otros que esta doctrina es falsa, y que el temerario empeño con que muchos preceptistas la han enseñado y querido practicar en sus lecciones, ha ocasionado errores trascendentales, y contribuido en gran parte á la corrupcion de la elocuencia.

En medio de tanta oscuridad suele suplirse la falta de principios fijos con esta frase muy comun: «En materia de estilo, el juez árbitro y soberano es el buen gusto.» Esto es mucha verdad; pero ¿qué se entiende en literatura por estas palabras correlativas BELLO Y BUEN GUSTO? Muchos escritores se han esforzado para explicarlo, y lo han hecho en muy diversos sentidos: ¿tenemos sobre el particular alguna teoría razonada y completa? Con estos caracteres sólo conocemos la que en el siglo iv enseñó, y desenvolvió San Agustin; teoría que es, nótese bien, trascendentalmente metafísica. Su autor la concibió y explicó, pasando más allá de las sensaciones, de los afectos y de las ideas, en cuyo orden suelen encerrarse los que tratan de lo bello y del buen gusto, y muchos ni siquiera extienden su mirada hasta los últimos confines de la region de los fenómenos intelectuales.

¿Cuál es la causa de tanta oscuridad y perplejidad, ó falta de fijeza respecto á la doctrina del estilo? Héla aquí. La expresion oratoria es el punto, el término donde la elocuencia recibe su complemento: los fenómenos del espíritu y la expresion de los mismos son sus elementos necesarios, y de su union resulta la elocuencia, como el hombre resulta de la union del alma y cuerpo; es imposible ocuparse en el estudio de la expresion oratoria, sin ocuparse á la vez en el de los fenómenos del espíritu. Cuando nos limitamos á hablar de la invencion, en cierto

modo no salimos del espíritu del orador, y quedamos satisfechos con observar sus fenómenos, porque tenemos de ellos conciencia clara, certeza indestructible; en tanto que no nos vemos obligados á salir de este terreno, marchamos seguros, porque lo es mucho el camino de la observacion; pero al llegar á la expresion nos encontramos empeñados en un estudio, reflejo de los fenómenos que hasta entónces nos hemos contentado con observar. Por manera que cuando ponemos el pié en los últimos confines del estudio de la elocuencia, allí se nos presentan reunidas las mayores dificultades, cual si quisieran vengarse, ántes de dejarnos salir, del desden con que hasta entónces hemos pasado á su lado sin estudiarlas.

Nuestra alma es simple, y simples son tambien sus facultades y sus fenómenos; tiene conciencia clara y certeza indestructible de sí misma, de sus facultades y de sus fenómenos. Hasta aquí la accion de nuestro espíritu es directa y cierta; mas cuando reflexiona y quiere analizar sus facultades y fenómenos, esta accion refleja, más débil de suyo que la directa, encuentra además dificultades insuperables de parte del objeto sobre que obra; porque lo que es simple carece de partes, lo que carece de partes no se analiza, lo que no se analiza no se explica, y lo que no se explica no se define, puesto que definir es explicar las distintas partes de que se compone un objeto. Esta impenetrabilidad, permítasenos la inexactitud, se aumenta por la simultaneidad con que aparecen en reciproca comunicacion los diversos fenómenos del alma; simultaneidad y comunicacion de que resulta un misterioso conjunto que nadie ha estudiado más atentamente que San Agustin, ni nadie ha descrito mejor. ¡Con qué pertinacia, por ejemplo, como observan el mismo Santo y San Gregorio Nazianceno, no se interpone la fantasía y confunde sus imágenes con las ideas! ¿Y qué esfuerzos no son necesarios para distinguir las imágenes de las ideas, y las ideas geométricas de las puramente intelectuales? ¿Y los afectos? «En verdad, decia San Agustin, el hombre es un sér grande y misterioso; más fácil es contar los cabellos de su cabeza que los afectos de su corazon.»

Si salimos del interior del hombre y nos fijamos en la expresion, hemos dado un paso de gigante, y salvado, sin advertirlo siquiera, un abismo inconmensurable. ¿Cómo se comunican el pensamiento y la palabra? No lo sabemos: San Agustin, que ha meditado mucho esta mate-

ria, concluye diciendo que la palabra es un milagro.

La comunicacion, sin embargo, es indudable; pero tambien lo es que la palabra, con todo su poder, con toda su riqueza y con su admirable flexibilidad, no alcanza siempre á expresar completamente las ideas del espíritu, ni sus múltiples y elevadas aspiraciones.

Los Santos Padres, ocupados en meditar y predicar sobre objetos intelectuales y sublimes, experimentaron á la vez la debilidad de la razon y la del lenguaje. «Los objetos intelectuales, decia el Nazianceno, tienen muchos nombres en todas las lenguas, pero no tienen ninguno propio.» «*Exte omnem appellationem posita sunt...; rerum... quæ... corpore vacant nomen proprium nullam est.*» Esto es lo que han dicho algunos escritores modernos, observando que el Diccionario de los nombres de objetos metafísicos se compone de metáforas ó palabras trasladadas. San Basilio notaba por una parte que existen ideas superiores á nuestro entendimiento, y que éste, por otro lado, es superior á la palabra. «*Cum mens nostra longo intervallo à rerum dignitate absit, rursumque sermo obscure ac imperfecte intellecta exprimat.*»

Y no se crea que la palabra es débil únicamente respecto á las ideas que superan á la razon; lo es tambien á menudo respecto á las que son bien conocidas. Por lo cual decia San Agustin: «Casi siempre me desagradaba mi propio lenguaje; pláceme muchas veces el lenguaje interior de mi alma, y me aflijo cuando no corresponde á él mi lengua.» «*Contristor linguam meam cordi meo non potuisse sufficere.*» Deseo vivamente que mis oyentes entiendan cuanto yo entiendo; mas no lo logro: la luz de la verdad ilustra mi espíritu, pasando con la rapidez del relámpago, y la palabra viene tarda, perezosa y pálida, cuando la idea se ha ocultado ya en los misteriosos senos de mi alma. «*Intellectus quasi rapida coruscatione perfundit animum; illa autem loquutio tarda et longa est, longeque dissimilis: et dum ista volvitur jam se illa in secreta sua condidit.*»

Siendo tan indefinibles las operaciones de nuestra alma y sus fenómenos, tan misteriosa su recíproca comunicacion, tan desconocido el modo de las relaciones del espíritu con el lenguaje, y siendo éste además tan poderoso en unos casos, tan débil en otros y tan flexible en todos, es temerario el empeño de reducir á sistema toda la doctrina del estilo y distribuirla en clasificaciones exac-

tamente filosóficas, como lo sería el de contar las gotas de agua del mar. Explíquense enhorabuena los principios que sean conocidos; y fuera de esto, lo posible y lo que basta es observar y atenerse en la práctica á los resultados de las propias observaciones, ó de las que han hecho escritores de recto juicio.

Cuantos han escrito de elocuencia han conocido las dificultades que dejamos expuestas; pero la mayor parte de ellos no las han mencionado más que incidentalmente, ó cuando han necesitado hacerlo para excusar la inexactitud y oscuridad de sus explicaciones. Nosotros hemos querido reunir las y presentarlas con la posible claridad al tratar del estilo, con lo cual nos ahorraremos repetidas excusas. Muchas de nuestras explicaciones carecerán de exactitud filosófica, pero nos atenderemos á lo que en esta materia es ya convencional; ni aspiren á otra cosa los jóvenes en sus estudios sobre este punto, porque lo contrario les ocasionaria confusion y les empeñaria quizá en sistemas errados. Aquí, como en todos los ramos del saber humano, conviene recordar la doctrina de San Gregorio Nazianceno, encerrada por Pascal en uno de sus pensamientos: «El último paso de la razon es conocer que hay muchos objetos que están fuera de su alcance. ¡Bien débil es por cierto si no llega hasta este punto (1)!»

LECCION XXII.

Del estilo y sus dotes en general, y de la claridad en particular.

Dos cosas son necesarias para un perfecto discurso; pensamientos y su expresion; lo principal, dice San Agustin, son los pensamientos; el orador no debe hacerse esclavo de las palabras; éstas son las que han de estar á su servicio: «*Nec doctor verbis serviat, sed verba doctori.*»

Es frecuente oír á algunos que entienden las cosas, pero no saben explicarlas, lo cual suele ser una ilusion de su amor propio: la verdad es que muchos no saben explicarse porque nada tienen que explicar, como que carecen de pensamiento; cuando el espíritu está nutrido de ideas, las palabras se presentan como espontáneamente,

(1) *Pensamientos de Pascal sobre la Religión, cap. iv, n. 1.*